

Hoy celebramos el domingo de la Santísima Trinidad. La enseñanza que nuestro Dios es solamente un Dios pero a la vez Tres Personas no es una teología complicada que esconde de nosotros una comprensión de Dios, sino es la manifestación explícita y asequible de la verdad de Dios. Por supuesto, la Trinidad es un misterio. Pero me gusta el entendimiento tradicional de la palabra *misterio*. Un misterio de nuestra fe no es tanto algo que no podemos entender ya que es algo que no podríamos saber si no nos fuese revelado. Un misterio de nuestra fe, pues, es un conocimiento revelado mas bien que un conocimiento que los seres humanos pueden conseguir sin la ayuda de Dios, es decir, sin la revelación de Dios.

El misterio de la Santísima Trinidad es el conocimiento maravilloso que Dios está al mismo tiempo muy cerca de nosotros y más allá de nosotros, tanto muy íntimo con nosotros como a la vez trascendente, es decir, mucho más allá de nosotros. El Creador eterno del universo, en la persona de Jesucristo, vino a la tierra para ser uno de nosotros, para establecer una relación íntima con nosotros, para que nosotros fuéramos uno con él. En nuestro bautismo recibimos su vida. Nos convertimos en un sentido especial sagrado y nuestros cuerpos son sagrados, santos, porque somos el lugar de la morada de Dios. Un verso amado de las Escrituras es el verso concluyente del Evangelio según San Mateo, el Evangelio para este Domingo: «[S]epan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo». Siempre está presente él con nosotros. Conscientes de su presencia dentro de nosotros, tenemos confianza que él nos sustentará y, en tiempos de necesidad, le pedimos ese poder suyo que está allá de nosotros. Así oramos por la curación, oramos por el perdón, y, con Padre John, oramos que el pan y el vino en este altar se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y estoy asombrado como, en cada Misa, yo, un diácono, rezo, «El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana».

El libro de Génesis nos dice que somos hechos a la imagen y la semejanza de Dios. Así, aun desde el principio de la creación, compartíamos con Dios lo que ningún otro ser de la creación compartía. Aunque esa imagen fue desfigurada y herida por el pecado, fuimos recreados en nuestro bautismo. Habiendo sido renacido en Cristo—recreado en su imagen—debemos vivir de tal manera que nuestros hermanos, no de nuestra fe, al ver a Dios en nosotros, puedan encontrar al Dios que está más allá de ellos y entonces puedan gustar también su presencia dentro de ellos mismos..

La intimidad y la trascendencia que son características de la vida cristiana se resumen de una manera sorprendente en una carta escrita, posiblemente tan temprano como el año

antes de Cristo ciento y treinta, a una persona que se llama Diogneto. La vida de aquellos cristianos es igual a la que vivimos hoy. Quiero leer una sección de la carta:

Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su nacionalidad, ni por su idioma, ni por sus costumbres. . . . [Pero] tienen una manera de vivir admirable, y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros Están en la vida carnal, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas; pero su manera de vivir sobrepasa las leyes.

¿Cómo podemos vivir esta intimidad y esta trascendencia en nuestro mundo moderno? Podemos hacerlo enfocándonos en el Uno que es íntimo y trascendente, Jesucristo. Él es uno de nosotros, siempre con nosotros, nuestro amigo y nuestro hermano. Pero también es el Hijo eterno del Padre, presente del amanecer de la creación, sentado a la diestra del Padre, juzgando a los vivos y a los muertos.

Si queremos ser la gente que Dios nos creó para ser, la que recreó en nuestro bautismo, entonces todas las acciones de nuestras vidas deben basarse en nuestra unión con Jesucristo. No adoramos a Dios para conseguir una experiencia extasiada, tal como experimentemos quizás durante la Navidad y la Pascua. No adoramos a Dios para conseguir la aprobación de otra gente. Adoramos a Dios porque necesitamos al Señor dentro de nuestras vidas y dentro de las vidas de nuestras familias. En nuestra adoración, nosotros padres pedimos la ayuda de Dios para que nosotros podamos ayudar a sus niños y nietos a experimentar la presencia de Dios en sus vidas. Todos de nosotros adoramos a Dios para ver su Presencia en nuestros hermanos y para compartir con ellos nuestra experiencia de la Presencia de Dios. Adoramos a Dios para pedir que nos ayude a acercarnos más y más a Él día tras día. En su libro *Confesiones*, San Agustín rezó a Dios: «Tu nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti». Adoramos a Dios porque todos tenemos un deseo profundo para vivir con Dios.

Después de todo, somos una parte íntima del misterio de Dios. Somos una parte del Plan Eterno de Dios para su creación. Así hoy oramos para la humildad de aceptar su Misterio en nuestras vidas. Hoy pedimos el coraje de vivir su Misterio. Qué seamos el tipo de gente que pidió Jesús que fueran sus discípulos: que estuvieran en el mundo, íntimos, pero no del mundo, trascendentes. Qué el Señor nos de la fuerza de vivir en su imagen y su semejanza.